

A propósito de los versos en vascuence citados por Lope de Vega



Es admirable la vida que alcanzan las canciones populares. Los versos recogidos por Lope de Vega en 1615 se cantan actualmente, al cabo de trescientos diez años, por las panderetas lenizanas y mondragonesas con ligerísimas variantes.

Respetando la ortografía antigua, publicó esta REVISTA en su último número dichos versos en la forma siguiente.

«Zure vegui ederrac,
Ene laztana,
Catigaturic nave
Librea ninzana.»

Yo los he oído mil veces cantados en esta otra:

«Chiquichu pollit ori,
Zu nire laztana,
Catigatu ninduzun
Libre nengwana.»

Pero las pandereteras de mi tierra completan la canción con otra estrofa, que por lo visto no llegó a oídos del gran comediógrafo castellano y que dice así:

«Libriac libre, libre,
Zu eta ni catigu.....
Orrec eraiten doscu
Sarritan zispuru.»

(Libres, completamente libres,—Tu y yo cautivos—Eso es lo que nos mueve—A suspirar a menudo.)

La diferencia que se nota en el primer verso no es esencial y responde más bien al empleo simultáneo de un lugar común de nuestra poesía erótica. También en nuestras fronteras vizcainas se oye cantar:

«Chiqui pollita ¿nungua zara?
Jauna, ni Marquiñacua,
Array barrixac gach egin leixo
Artu bei neugaz oillua.»

(Preciosa pequeña ¿de dónde eres?—Señor, yo soy de Marquina—El pescado fresco puede haceros daño—Tomad conmigo la gallina.)

De igual modo el verso de los hermosos ojos es el primero de cierto zortzico de Zubiria, que este versolari navarro cantaba por los años de 1876 adelante con enfático acento, exclamando:

«Zure begui ederrac,
Naute zoraturic,
Munduban ez da izango
Oyec baño oberic.»

(Tus hermosos ojos—Me tienen enloquecido—No habrá en el mundo—Otros mejores que esos.) Pero tiene el verso, aun en el mismo siglo XIX, abolengo más antiguo. Hacia el año 1845 regresó a su pueblo natal un gran pianista mondragonés, D. Santiago de Azpiazu y Sagasta, después de recorrer varias naciones de Europa ganando mucho dinero con sus conciertos y disipándolo alegremente con su vida de bohemio. La vejez y los achaques le obligaron a retirarse al hogar ancestral y, al llegar a Mondragón, sorprendido por la belleza sin igual de una distinguida señorita de la familia de Oquendo, compuso en su honor un zortzico que comenzaba así:

«Zure begui ederrac
Duten encantua
Da choil gaztetutzea
Agura zaartua.»

(Tus hermosos ojos—El encanto que tienen—Es rejuvenecer muy bien—Al viejo decrépito.)

Aquella linda dama casó con un señor Larrondo a Pamplona, donde hoy viven sus hijos. El desventurado poeta, privado del encanto de sus dulces miradas, se suicidó, degollándose una mañana con la navaja de su barbero en el corto instante en que éste había ido a la cocina en busca de agua caliente para afeitarse. Pero tuvo tiempo de reconciliarse con Dios y recibir los últimos Sacramentos. En sus juveniles años, venía a menudo a San Sebastián, frecuentando aquí la tertulia de cierto café al que dedicó su correspondiente zortzico con esta letra:

«Vicenteren cafetic
 Ez jüan iñorá...
 Iturri ederreco
 Ur ona bezela,
 Udan frescua da ta
 Negüan epela.»

(Del café de Vicente—No vayáis a ninguna otra parte—Como de la hermosa fuente—El agua buena—Es fresco durante el verano—Y templado en invierno.) El inolvidable D. Francisco Gascue se inclinaba a atribuir a este músico la composición del «Iru Damacho» en discusión conmigo, que entendí siempre ser obra, o, cuando menos, adaptación del P. franciscano Fray José Ignacio de Larrarnendi. Dejó D. Santiago de Azpiazu fama de buen mozo, extraordinariamente simpático en su trato, y, no obstante la distracción propia de su vida mundana, pagó espontáneo tributo, a sus sentimientos religiosos en algunas composiciones dedicadas a la iglesia para las solemnidades del culto católico.

Juan Carlos de GUERRA.